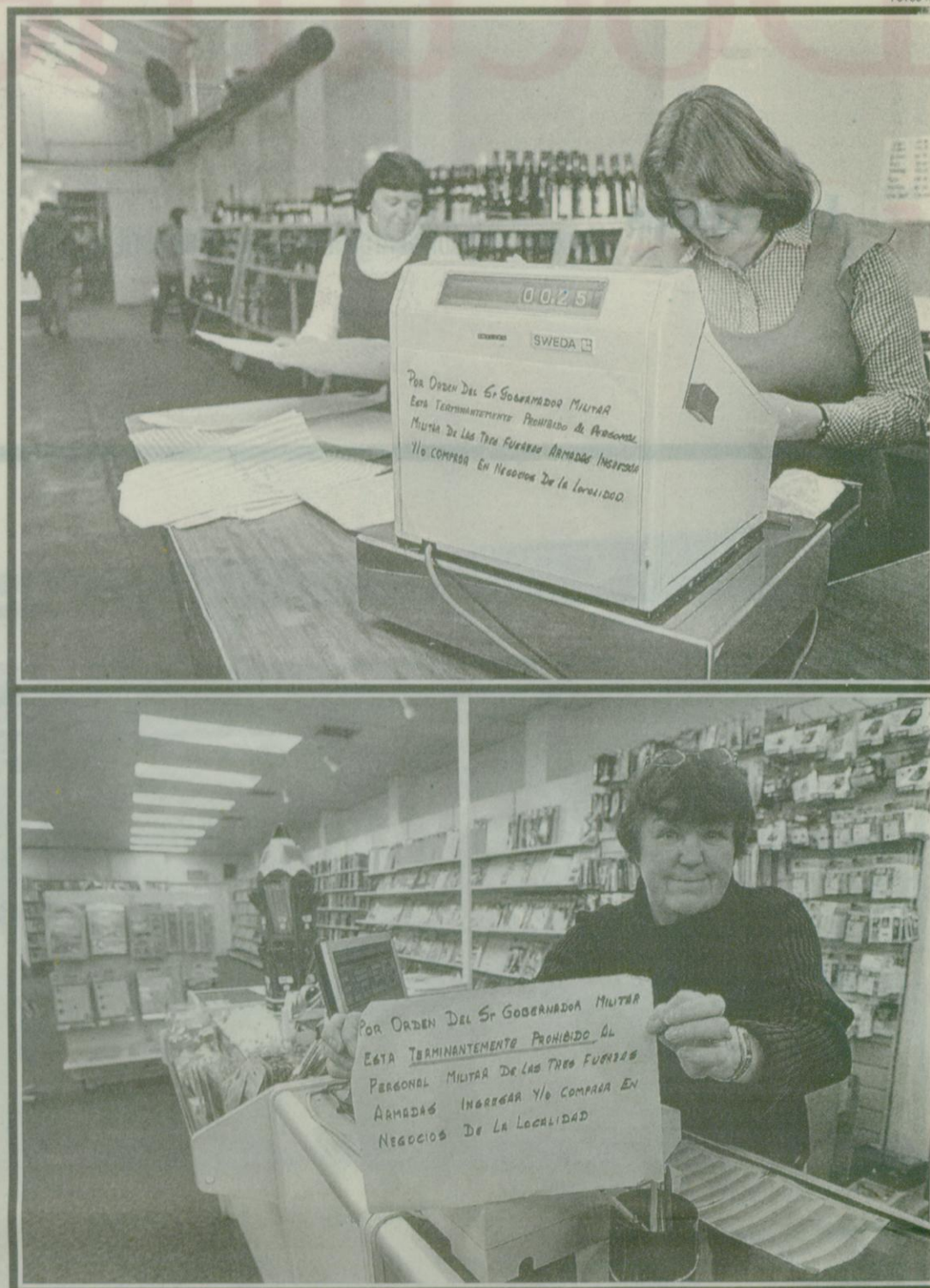
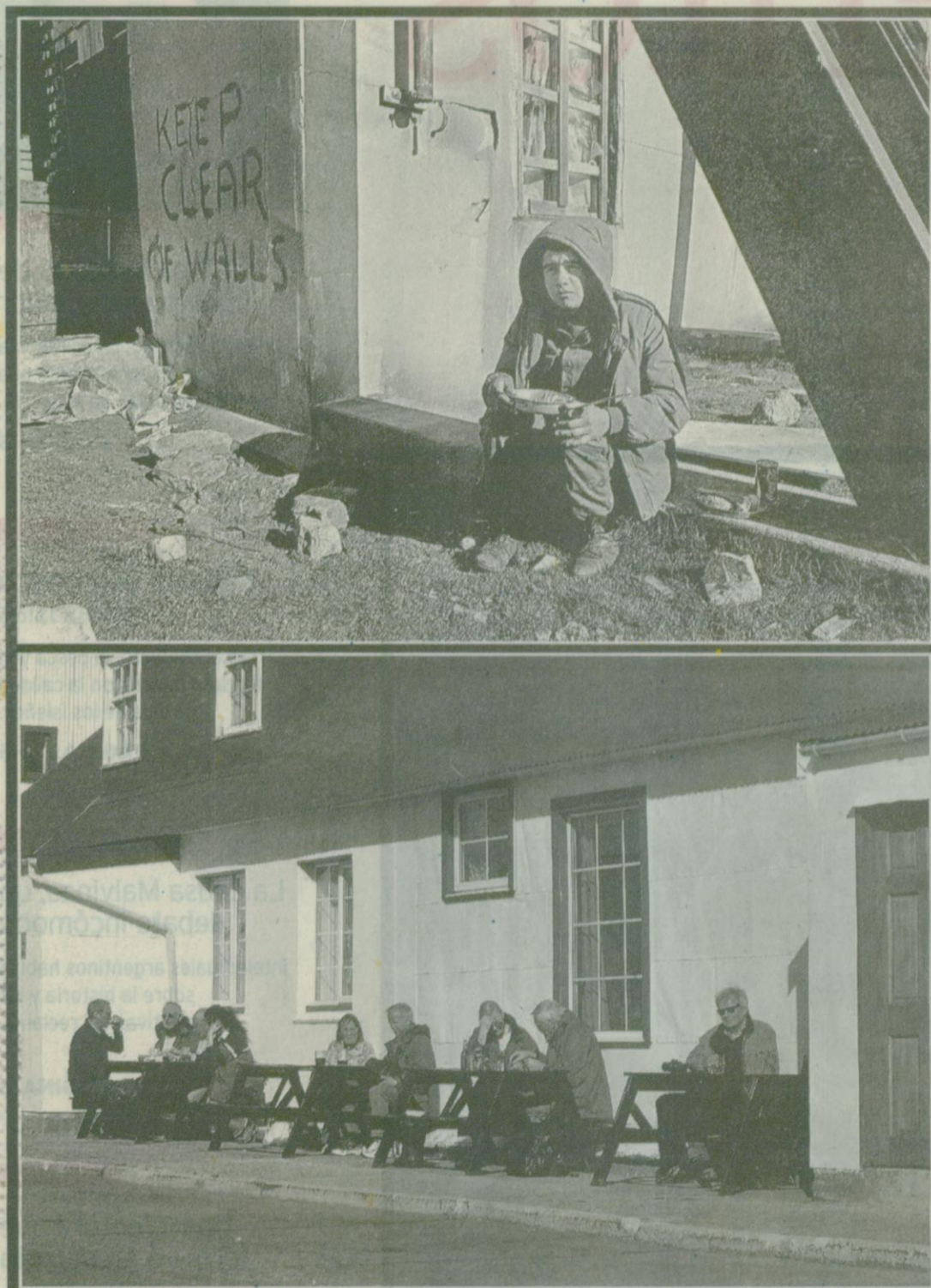




VIENE DE PÁGINA 1

bierno isleño licitaba las exploraciones, los dos países que estaban de acuerdo no conseguían aclarar sobre qué mapa se habían puesto de acuerdo.

Un "malvinólogo" del gobierno argentino explica: "A ellos los acuerdos del '95 les permitían dar al mundo la impresión de que con la Argentina estaba todo bien, hasta tenían acuerdos de cooperación para explorar y explotar petróleo, mientras en la práctica nos decían que si no hacíamos lo que ellos decían en cada tema, éramos 'hostiles', de modo que nos presentarían como el país que volvió a ser 'incorrecto'".

Homenaje difícil

A la hora de las conmemoraciones, la diferencia Londres-Buenos Aires no es importante sino abismal. Los ingleses a las guerras propias las celebran con mayor pompa cuando de su epílogo se cumplen 25, 50 y 60 años, como sucedió en su momento, por ejemplo, con la Segunda Guerra Mundial. De modo que con Malvinas están frente a la primera oportunidad de purgar la primera bocanada de orgullo vencedor. A nosotros, en cambio, nos resulta difícil honrar la Guerra de Malvinas sin renovar el cúmulo de sentimientos contradictorios que evoca 1982. Anécdota elocuente de ese pasado complejo que enroscaba dictadura y patria: el actual canciller Jorge Taiana vivió la guerra en la Patagonia, aunque no por decisión propia. Desde el penal de Rawson, donde pasó la mayor parte de los siete años y medio que los militares lo tuvieron preso, escuchaba rugir los aviones de combate.

En los últimos cuatro meses un en-

1982. El 13 de abril, un soldado argentino no identificado almuerza frente al cuartel de la Royal Marines, en Puerto Argentino.

2007. Turistas de un crucero noruego comen en la Globe Tavern.

marañado tironeo verbal fue y vino a Londres respecto de conmemorar en forma conjunta los 25 años. ¿Conmemorar? ¿Celebrar? ¿Homenajear? Según la diplomacia británica, el primer ofrecimiento no tenía fecha. El gobierno argentino asegura que sólo hubo una insinuación informal (vía el embajador en Londres, Federico Mirre) y que la fecha prevista era el 14 de junio, día de la rendición. Agrega ahora el diputado macrista Federico Pinedo, valiéndose de sus contactos en Londres: "Planean una parada militar para la que están rehabilitando aviones, no una mera evocación de los muertos".

Los sentimientos contradictorios re-movidos por 1982 van desde el patriotismo hasta la vergüenza. Así lo entendió hace un año el presidente Kirchner en un discurso que pronunció en El Palomar, donde pidió "perdón" a los ex combatientes, honró a los muertos "y a los muchachos que día tras días se fueron quitando la vida por el olvido de quienes nunca debieron olvidarlos" y le reclamó a Gran Bretaña la reanudación del diálogo sobre la soberanía. En el gobierno dicen hoy que ese discurso marcó la línea de lo que comenzó a ser ejecutado este otoño: "Diálogo, diplomacia y paz -expresó Kirchner- no significa vivir con la cabeza gacha".

Una embestida en todos los foros internacionales con eje en la resolución 2065 de Naciones Unidas, explican en la

Cancillería, es lo que viene. En esa resolución de 1965 la comunidad internacional definió el tema como "una situación colonial especial y particular", entendió que estaba en disputa la soberanía e instó a las partes a negociar teniendo en cuenta los intereses de los malvinenses. Desde 1989, la Argentina no lleva la disputa a la Asamblea General, optó por presentar su reclamo ante el Comité de Descolonización. Cuatro países de América Latina -Chile, Bolivia, Venezuela y Cuba- integran ese comité y serán los diplomáticos chilenos quienes presentarán el 21 de junio próximo la resolución que, como cada año, propone la Argentina, adelantó el embajador ante la ONU, César Mayora. De no mediar sorpresas, el comité la aprobará por consenso e invitará al Reino Unido a negociar todos los puntos en conflicto, incluida la soberanía. Luego se notificará la resolución a la Asamblea General para otra vez repetir el proceso el año próximo.

¿Por qué está trabado el conflicto? Lo dice sin decirlo el mismísimo comunicado que emitió Londres el miércoles. "El Reino Unido cree firmemente que los falkland islanders (malvinenses) tienen derecho a la autodeterminación y no negociará la soberanía a menos, y hasta que, los isleños así nos lo pidan".

O sea nunca, cabría agregar con algún cinismo si fuera por como están las cosas hoy. Los isleños, huelga decirlo, no dieron muestras de sucumbir ni en una ventosa trasnochada de tragos reiterados a la política de seducción menemista. Vuelve la Argentina, pues, al meollo de la resolución 2065, que ya había conseguido habilitar negociaciones por la soberanía en 1966. Por entonces Blair tenía

1982. La caja de un mercado de Puerto Argentino exhibe la prohibición del gobernador militar para que ingresen soldados al lugar.

2007. Isobel Castle, la misma cajera, muestra aquella orden del mando argentino, 25 años después.

apenas 13 años (Kirchner, 16). Pero la edad que recordó hace una semana y media en una impactante declaración pública a propósito del 25 aniversario de Malvinas no fue la de los 13 sino la de los 29: "Yo era muy, pero muy joven -exageró Blair-, pero cuando miro atrás, obviamente, no tengo ninguna duda de qué era lo que había que hacer". El líder laborista que es gran aliado de George Bush en Irak, el mentor de aquella efímera "tercera vía" de Anthony Giddens tan encantadora para el matrimonio Kirchner, llamaba cosa correcta a lo que hizo en el Atlántico Sur la conservadora Margaret Thatcher, cuyo valor político, además, encomiaba.

En Buenos Aires fue un baldaño. Se lo entendió como un anticipo del color de las celebraciones londinenses que habrá en junio y no como una muestra más de que en el Reino Unido la política sobre Malvinas tiene motivos estructurales para comportarse con cierta estabilidad. Un diplomático muy atento a la política inglesa, sin embargo, explicó que en Londres el tema "Falklands" prácticamente no da réditos políticos, pero todo intento de romper el statu quo ofrece cuantiosos riesgos, visto el lobby que puede hacer cualquier ciudadano a través del diputado de su circunscripción.

Precisamente sobre la base de que el Reino Unido es una democracia parlamentaria con un monarca constitucional, el diputado oficialista Jorge Argie-

llo, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la cámara, ha sido ferviente impulsor del Observatorio Parlamentario Malvinas, un foro multipartidario que, hoy, insinúa una homeopática política de estado. El problema es que el gobierno no parece interesado en aprovechar el respaldo opo-

sitivo. Tuvo notable consenso la denuncia de los acuerdos sobre hidrocarburos la sepultura de la política de seducción, respaldó apenas mitigado con acusaciones de oportunismo. Pero el Congreso no fue de la partida.

Por cálculo político o porque los aniversarios redondos en todas partes marcan agenda, lo cierto es que después de 17 años está cambiando la política sobre Malvinas. La anterior dejó en el haber, entre otras cosas, la posibilidad de los argentinos de viajar a las islas (con sello del pasaporte) y los vuelos semanales desde Chile, a lo cual los ingleses añaden la renovada promesa de que antes de fin de año llevarán a las islas al alrededor de 700 familiares de caídos para una conmemoración privada.

¿Podrá la Argentina recuperar las islas en los próximos 25 años?, se les preguntó esta semana, bajo condición de anonimato, a varios de los principales políticos y funcionarios que trabajan en el tema. La respuesta prevalentemente salió tanto de bocas oficiales como opositoras: mientras el país no logre ser prestigioso y confiable a nivel mundial, no habrá recuperación.

Se podría agregar que esa otra porción de la política exterior que está en marcha de asambleístas aduanares del horario de una frontera internacional no parece colaborar en ese sentido. La Nación

Por Jorge Taiana
Canciller



El diálogo, único camino

El responsable de las Relaciones Internacionales de nuestro país explica la estrategia adoptada por la Argentina para intentar reabrir la discusión por la soberanía de las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur.

de los combatientes al ponerlos al servicio de su sobrevivencia política.

El conflicto de 1982 no alteró en nada la naturaleza de la disputa y así lo afirmó la Asamblea General a menos de cinco meses del fin de las hostilidades. Pero el Reino Unido sostiene su ocupación ilegítima con una poderosa base militar y está a punto de celebrar festivamente el cuarto de siglo del conflicto. El Reino Unido ha distorsionado la naturaleza de los entendimientos provisionales acordados a partir de 1990, bajo fórmula de soberanía, ejecutando actos unilaterales contrarios a la letra y al espíritu de esos entendimientos y a las resoluciones de la ONU, que nos imponen la obligación de solucionar la disputa de soberanía y, mientras se logra, nos exigen no innovar.

Pese a las innumerables e ininterrumpidas protestas argentinas, el Reino Unido ha pretendido forzar una interpretación errónea e interesada de esos entendimientos provisionales, poniendo de relieve con su insistencia en esa conducta la ineficacia de la estrategia di-

plomática de los años '90, como lo demuestra la experiencia de más de 15 años de frustraciones, sin haber podido poner en marcha una efectiva cooperación. El Reino Unido califica de "agresiva" o "electoralista" la política de la actual administración que resalta el contexto en el que se inscriben los entendimientos (la existencia de la disputa de soberanía y la obligación de resolverla) y, de allí, que deben conducir necesariamente a reanudar las negociaciones de soberanía. No puede ponerse en duda que nuestro reclamo es pacífico, pero firme al mismo tiempo. Ser firmes significa reclamarle al Reino Unido que cumpla con la obligación que el mundo nos impone de solucionar la controversia de soberanía. También significa rechazar categóricamente todos y cada uno de sus actos unilaterales, contrarios a esa obligación y a los entendimientos provisionales que fueron acordados para que las partes pudiesen cooperar mientras encuentran esa solución. Así se lo hacemos saber al Rei-

no Unido y al mundo, adoptando las medidas a nuestro alcance y denunciando las acciones británicas que nos alejan de la negociación y pretenden disponer de nuestros recursos. El gobierno del presidente Kirchner acaba de dar por terminada la Declaración Conjunta del 27 de septiembre de 1995, bajo fórmula de soberanía, sobre cooperación en materia de exploración y explotación de hidrocarburos en el área disputada. El Reino Unido ya no podrá pretender justificar, desde la letra y espíritu del acuerdo, su ilegítimo accionar unilateral en nuestra plataforma continental que llevara a la parálisis, hace ya siete años, a la comisión bilateral creada por el entendimiento. El Reino Unido tampoco había aceptado nuestras reiteradas propuestas de mantener un diálogo franco y abierto sobre los entendimientos provisionales. La Argentina reitera, fundada en sus valores democráticos, su voluntad inculcable de perseverar en la acción diplomática hasta alcanzar la solución definitiva de esta anacrónica disputa colonial. Es así como saldaremos la deuda de honor con nuestros Caídos y Veteranos de Malvinas. CC



Un debate incómodo y necesario

Un grupo de intelectuales plantea su visión sobre el significado de la "causa Malvinas", la guerra y las actitudes posteriores a la derrota.

POR MARTÍN RODRÍGUEZ YEBRA
ESPECIAL PARA LOS ANDES

Es como mirarse en un espejo ingrato. Durante 25 años, la sociedad argentina, sus políticos y también sus pensadores más lúcidos han chocado con el recuerdo de una guerra que primero se festejó de manera casi unánime como un acto de justicia histórica, luego se reinterpretó como la locura final de una dictadura decadente y enferma de poder, y con ese formato se la fue ubiando en un rincón lejano de la memoria.

Aislado el recuerdo traumático, el imperativo de recuperar las Malvinas reaparece cíclicamente en la agenda de prioridades de los gobiernos. Nadie imagina que un presidente argentino pueda plantearse en una tribuna y renunciar al reclamo de soberanía. Pero igual de insolito suena cuando no ya un político sino un intelectual intenta abrir un debate crítico sobre lo que las islas significan para la Argentina.

Justamente, es ese debate a fondo lo que está ausente, incluso en el momento político en que se impulsa con fuerza una revisión histórica, cultural y hasta judicial de la violencia de los años '70 y del papel de la dictadura. Desde el poder, el presidente Néstor Kirchner ha marcado en discursos com-

La Argentina no ha tenido una discusión a fondo sobre lo que las islas significan para el país. Y ese debate continúa ausente.

los que el país pueda presentar, no vemos la realidad y cómo nos afecta en términos de inserción internacional, confianza y desarrollo tecnológico". Y plantea que se requiere una intervención intelectual, porque "la sociedad está abierta a percepciones diferentes" sobre lo que pasó y sobre el futuro de la relación con las islas.

Pero es una propuesta incómoda. Y en gran medida eso se debe al debate original de 1982: a la reacción de euforia casi unánime con la ilusión de que las Malvinas volvían a ser argentinas. La guerra contó hasta con respaldos inesperados de intelectuales de izquierda exiliados por estar bajo amenaza de la dictadura. En la visión de esos sectores de la izquierda, la recuperación de las islas era un golpe a la política imperial expresada por Gran Bretaña y permitía soñar con un "renacimiento de la causa popular" que acabara por debilitar y destruir a la dictadura.

Un ejemplo llamativo del fervor que había despertado la guerra fue el documento firmado por 20 intelectuales exiliados en México, entre los que figuraban José Aricó, el recientemente fallecido Juan Carlos Portantiero, José Nun (actual secretario de Cultura de la Nación) y Emilio de Ipola. Aclaraban que reivindicar "en la actual situación la indiscutible soberanía argentina sobre las Malvinas" no implicaba "echar un manto de olvido" sobre la política de la dictadura. Pero sostenían: "Tras 149 años de reclamos continuados y de 17 años de negociaciones infructuosas, la dictadura militar argentina tomó imprevisiblemente e inconsistentemente entre sus manos una reivindicación nacional que no por eso ha dejado de ser justa".

El actual senador Rodolfo Terragno fue otro de los intelectuales perseguidos por el gobierno militar que apoyó el desembarco en las islas. Como periodista,

abriría el camino a un cambio, en contraposición a la explicación recurrente (después de la derrota) de que la operación Malvinas había sido sólo un manotazo de ahogado del dictador Galtieri para inyectarle años al Proceso.

Hay Terragno explica su posición: "No hay ninguna duda de que la ocupación de las islas no fue un error. Permite que se abrieran negociaciones con posibilidad de avances concretos. El error fue haberse quedado a dar una guerra sin posibilidades de ganar". Desde el exilio, una de las pocas voces críticas hacia la guerra había par-

tido de un pensador emblemático de la izquierda argentina, León Rozitchner. En pleno desarrollo del conflicto, escribió casi sin pausa una obra que se tituló Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia, en la que cuestionó amargamente a los intelectuales progresistas que, según él, "se dejaban usar por la derecha" en el intento por ocultar los crímenes cometidos por la dictadura.

"El gobierno militar necesitaba conquistar un lugar en la población para esconder el genocidio. Y para eso despertó un viejo deseo que recibimos los argentinos desde la escuela. A mí me dolía ver que mucha gente de la izquierda, víctima también de la dictadura, no percibiera esto", recuerda a sus 83 años. Rozitchner explica a su manera por qué nunca volvió a abrirse un debate sobre lo que significó Malvinas: "La derecha y la izquierda quieren que haya silencio. Malvinas fue una encrucijada importante en la vida argentina y todavía no ha sido dilucidada".

¿Y cómo era el debate intelectual dentro del país durante la guerra? "Ahorra parece que nadie hubiera estado a favor. Hay mucho de selección perceptiva, pero en esa época, quien pensaba distinto a la posición dominante terminaba como un marginal", dice el historiador Carlos Floria. Y destaca también cómo el componente antipatriarcal colaboró en la construcción de ese apoyo paradójico, que incluyó los extremos ideológicos.

Los focos de resistencia crítica hacia la guerra dentro del país se comunicaban por una suerte de red clandestina, como recuerda Carlos Altamirano, entonces miembro del consejo directivo de Punto de Vista, publicación que dirige Beatriz Sarlo y que mantuvo durante aquellos años, como forma de oposición, un "silencio militante" durante los meses del conflicto. Fue Altamirano quien escribió en la revista un recordado editorial posterior a la derrota en el que expuso duras consideraciones sobre todo el proceso de la guerra y sobre quienes la respaldaron. Pero años después no se excluyó de la autocrítica: "Aun quienes nos oponíamos a la guerra nos reconocíamos en el supuesto de la causa justa, aunque rechazáramos las posiciones que extraían de allí los motivos para dar sosten a la acción del gobierno del general Galtieri", sostuvo en una reflexión en la Universidad de Princeton en el 2004.

Tras la derrota, la posición dominante fue "la desmilitarización", término que se le atribuyó al intelectual francés Alain Rouquié, hombre que supo aconsejar al gobierno de Raúl Alfonsín. En síntesis: la Argentina necesitaba olvidar la derrota para reconstruirse como nación democrática. No fue difícil inculcar la idea en una sociedad que se había volcado a las calles para celebrar la recuperación del "territorio irredento" de la patria.

"La derrota fue seguida de un impresionante proceso de desmemoria forzada, y por eso todavía hoy no se sabe si celebrar o llorar aquel episodio desdichado", indica el escritor Mempo Giardinelli. Lo prueba, dice, lo que ha ocurrido con las conmemoraciones de cada aniversario: "Con Alfonsín se recordó la derrota como un aniversario luctuoso, cada 10 de mayo. Con Menem la fecha fue un feriado bastante anodino. Con De la Rúa los militares consiguieron que se recordara el 2 de abril (día del desembarco). Retroceso sutil que implica negar la derrota para seguir falsificando".

Rozitchner opina que "el silenciamiento de Malvinas" forma parte de un proceso más amplio. "Lo que pasó con las islas empezó a mostrar la verdad de lo que está en juego. La Argentina en los años subsiguientes siguió perdiendo soberanía de una manera nunca tan acentuada, con las privatizaciones y la venta de tierras. Hoy se mantiene la posición acerca de la soberanía de las islas pero no se está planteando recuperar el fundamento sustancial de la Patria".

Desde otra concepción, la antropóloga Rosana Guber, autora del ensayo ¿Por qué Malvinas?, considera que hubo un "olvido premeditado como castigo a los conductores del único episodio en que Malvinas ingresó en el campo interno". Es decir, que las islas pudie-

Las islas encarnan una unidad inexistente de la Nación y una esencia idealizada, en un país cruzado por las divisiones y las tragedias políticas.

ron siempre encarnar "una unidad inexistente de la Nación y una esencia idealizada", en un país cruzado por las divisiones y las tragedias políticas. La concepción de guerra absurda surge, entonces, como una respuesta a esa necesidad de mantener virgen el concepto de Malvinas como "símbolo de unidad comunitaria".

Romero enfoca el componente nacionalista que subyace en los argentinos y que complica un debate racional sobre Malvinas. "El viejo nacionalismo guionero que se recordara el 2 de abril (día del desembarco). Retroceso sutil que implica negar la derrota para seguir falsificando".

En esa sin- tonía, Palermo señala la existencia de un mandato nacionalista del que es sacrilegio salirse. "Para darle un sentido cívico y republicano a lo que pasó hay que repensarlo abiertamente. Incluso cuando se habla de las víctimas. No es bueno decir que hay un compromiso de sangre con la idea de recuperar las islas. Los que murieron no nos obligan a seguir el camino de los que los mandaron a morir. Eso no es pisotear la memoria, sino buscar mejorar como sociedad".

Terragno disiente de punta a punta con esa visión: "Mantener el reclamo de soberanía es ser coherente con nuestra historia y no causa ningún perjuicio internacional a la Argentina. La persistencia de un foco de conflicto no es buena para el país, como tampoco lo es para Gran Bretaña y para los isleños. Justamente por eso se hace necesario no abandonar la discusión".

Pero la voluntad política no siempre coincide con la repercusión social. "Si los diarios y la tele no mencionaran el asunto por 24 horas, casi nadie se acordaría de aquella tragedia -opina Giardinelli-. Es lamentable, pero es así. La mayoría de los argentinos prefiere no recordar esa guerra. Y me parece que ello se debe a un sentimiento de vergüenza íntima por haber aceptado un engaño tan doloroso". Y agrega: "Para los argentinos es un imperativo histórico recuperar las islas. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es cómo recuperarlas frente a la soberanía británica, el resentimiento de los malvinenses y la estupidez menemista de la década pasada".

Un cuarto de siglo después del drama bélico ese pasado doloroso y huérfano de vencedores no permite una revisión racional. Pero es también un pasado que todavía interroga a la esencia misma del alma argentina. La Nación

Nuestro reclamo es pacífico, pero firme: reclamarle al Reino Unido que cumpla con la obligación de solucionar la disputa de la soberanía.